

al paso que oían los nuevos progresos del Evangelio. Declamaron con la furia mas desenfrenada contra el Salvador y sus Apóstoles, queriendo persuadir que eran ministros del demonio y atribuyendo sus milagros á operaciones mágicas (1); y cogiendo al punto piedras maltrataron de tal modo con ellas á San Pablo, que llegaron á crearle muerto, y hecho esto le arrojaron fuera de la ciudad. Pero el Apóstol no estaba tan peligrosamente herido como juzgaban, y habiéndole rodeado sus discípulos se levantó curado milagrosamente, volvió á la ciudad, y á la mañana se halló con fuerzas para partir en compañía de Bernabé á Derbe, donde peroraron en favor del Evangelio con tanta fortaleza como si su celo no les hubiese acarreado sino buenos tratamientos.

A vista de tan numerosas conversiones que daban nuevo ánimo á su fervor, no temieron volver á la misma ciudad de Lистра (2), y despues á Iconio y Antioquia, para fortalecer en la fé á los nuevos discípulos, y ordenar sacerdotes que bajo la dependencia de los primeros pastores cultivasen el campo que confiaban á su inmediato cuidado. Atravesaron despues la provincia de Pisidia, y regresaron á Panfilia; habiendo ejercitado entonces su celo en Perge, donde solo habian estado de paso al tiempo de comenzar su mision apostólica, se dirigieron de allí á Atalia, puerto de mar en la misma provincia, donde se hicieron á la vela para volver á Antioquia, capital del Oriente, que era de donde habian salido.

Congregaron á su llegada todos los fieles y les refirieron lo que Dios habia obrado por sus manos, pintándoles vivamente la ansia con que los gentiles se encaminaban al reino de Dios, abierto ya para todos los hijos

de Adán. No obstante que recogieron en esta ciudad abundantes frutos de salvacion, no debemos persuadirnos que en los muchos años que transcurrieron desde su vuelta á Siria hasta el Concilio de Jerusalem empleasen su solicitud en esta sola iglesia. Es muy verosímil por el contrario que en este intervalo predicó San Pablo, no solo en toda la Judea, sino tambien desde Jerusalem hasta el Hírco y sus provincias inmediatas; pues asi consta indudablemente de su Epístola á los romanos (1).

Hallábanse á la sazón en Antioquia San Pablo y San Bernabé, cuando se originó entre los discípulos una disputa acerca de la circuncision y de las demas observancias legales (2). Principió esta controversia en la capital de Judea, á donde San Pablo habia llevado consigo uno de sus discípulos llamado Tito, gentil de nacimiento. Exigian del prosélito que se circuncidase muchos de los judios convertidos, que se mostraban siempre adictos á las prácticas de la ley de Moisés; y como pretendian hacer una obligacion indispensable de una cosa que solo era tolerada, el Doctor de las naciones no quiso nunca permitir que se circuncidase Tito; y mucho mas teniendo esto por una injuria que hacian á la gracia de Jesucristo unos cristianos mal despojados aun del orgullo judaico y llenos de una vana confianza en las obras de la ley y en sus propias fuerzas. Asi pues no fué circuncidado Tito. Este amado discípulo es el que llevó San Pablo á muchas misiones, complaciéndose en instruirle de viva voz, ó por cartas, cuando estaban separados, y al fin le ordenó obispo de Creta, sin que sepamos con exactitud la época fija de su episcopado, ni el tiempo en que esta isla recibió el Evangelio.

El falso celo de los cristianos judaizan-

(1) Epist. ad Rom. 15.

(2) Act. Apost. 15.

tes se propagó hasta la iglesia de Antioquia antes del Concilio de Jerusalem. Habiendo llegado á Antioquia uno de los sesenta y dos discípulos llamado Cefás, no puso al pronto dificultad alguna en tratar con los gentiles; pero habiendo venido á la misma ciudad algunos hermanos de Jerusalem, temió disgustar á aquellos hombres llenos de preocupaciones y entonces se separó de los gentiles manifestando especial repugnancia en comer con ellos. Llevaron estos muy á mal semejante conducta, la que no solo imitaron los judios convertidos, á vista de un ejemplo de tan grande autoridad, y por otra parte tan conforme á su disposicion habitual, sino que tambien Bernabé, compañero de San Pablo y su sócio en el apostolado de las naciones, usó de la misma disimulacion. Todos estos motivos conmovieron vivamente el corazón de Pablo, tan tierno para sus amados gentiles; y para cortar el mal en su raíz, resistió públicamente á Cefás (1). "Si tú que eres judío, le dijo delante de todos, has tenido la suficiente condescendencia para vivir al modo de los gentiles, y no como los judios, ¿cómo no adviertes que desmintiendo ahora tu primer porte, impones á todas las naciones la obligacion de seguir el judaismo?"

Entre los discípulos venidos de Judea hubo muchos que de concierto con el herejearca Cerinto permanecieron indóciles. Hallábase en Jerusalem el Príncipe de los Apóstoles, cuando llegando á lo sumo la obstinacion, y acalorándose mas y mas la disputa, á pesar de la sábia conducta de San Pedro y el celo de Pablo, á quien acusaban de parcialidad en favor de los gentiles, se creyó que para dar fin á esta controversia, era necesaria una decision solemne del Colegio Apostólico presidido por su Ca-

beza, y se acordó que Pablo y Bernabé fuesen á Jerusalem, con algunos del partido opuesto, para consultar al Espíritu Santo, que segun la promesa del Salvador se manifestaria en semejantes casos por el órgano de los primeros pastores.

Entonces, es decir, en el año 50, se celebró el primero de los Concilios, que sirvió de modelo á todos los siguientes. Convocó la asamblea el Príncipe de los Apóstoles invitando á todos sus colegas en el apostolado que pudieron encontrarse, y á los principales pastores ó obispos, con los sacerdotes y ancianos de mas categoria en la gerarquía eclesiástica (1); no porque estos últimos (los sacerdotes y ancianos) tuviesen voto decisivo por su estado, ni derecho de juzgar, cuya prerogativa la concedió su divino Autor á la plenitud del sacerdocio en el carácter de los Apóstoles; sino para que dijesen todo lo que habian oido á los Apóstoles ausentes ó al mismo Jesucristo. Informáronse de la tradicion, se discutió con madurez, y todos tuvieron entera libertad para esplicarse hasta el punto de la decision, y verificada esta solo se trató de conformarse con ella y de llevarla á efecto. Pedro, el primero de los Papas, presidió el Concilio, propuso la cuestion, y espuso su dictámen antes que todos los demas, recordándoles cómo el Señor, despues de la publicacion del Evangelio en Judea, le habia mandado tambien instruir á los gentiles en la persona de Cornelio. De aqui concluyó que seria tentar á Dios el imponerles un yugo y una obligacion que no era necesaria en sí para salvarse, ni aun respecto á los mismos judios. Apoyaron este dictámen Pablo y Bernabé, refiriendo que habiéndole puesto en práctica habia Dios obrado muchos prodigios por medio de ellos en las funciones de su mi-

(1) Epist. ad Galat.

B. del C., tomo XVI. —III.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo I.

(1) Act. Apost. 15.

nisterio con los gentiles. No menos celoso de la libertad de las naciones se mostró Santiago, obispo de Jerusalem; esto es, de una iglesia compuesta de fieles circuncisos, entre los cuales habia muchos que fueron de la secta de los fariseos y que todo lo sujetaban á la ley de Moisés; y es de advertir que no solo suscribió á la decision de Pedro, sino que dijo espresamente que así lo creía, manifestando la conformidad de su dictámen con los libros sagrados. Todo el Concilio aprobó esta determinacion, y pasaron á tratar de los medios de hacerla saber á la iglesia donde habia tenido principio la disputa.

Eligieron para este efecto á Judas, llamado tambien Bárshabas, y á Silas, agregándolos á Pablo y á Bernabé, á fin de evitar todo recelo de desconfianza que pudieran tener de los dos últimos, por haber sido los promovedores del decreto. Hallábase este concebido en los siguientes términos que demuestran su infalibilidad divina: "Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros, no imponeros otra carga que la de que os abstengais de los manjares inmolados á los ídolos, de la sangre y de la carne de los animales ahogados y de la fornicacion." La corrupcion del paganismo habia oscurecido de tal modo este último artículo, á pesar de prohibirlo la ley natural, que se juzgó preciso renovar la prohibicion de una manera formal y positiva. La iglesia de Antioquia recibió las Letras Apostólicas con el rēspeto que era debido.

Cefas, de quien acabamos de hablar, ha sido confundido con el Apóstol San Pedro; pero esta opinion, injuriosa al jefe de la Iglesia, se halla hoy victoriosamente refutada (1). A los que todavia nos pregunta-

(1) El P. Lallemand, en sus *Reflexiones morales sobre el Nuevo Testamento* (Epist. de S. Pablo á los Gálatas, cap. 2, en la nota al versículo 14), resume las pruebas que la destruyen:

ren si puede creerse sin temeridad que tantos Padres, primero, y despues de ellos tantos sabios intérpretes se hayan engañado

1.º En el siglo II, Clemente Alejandrino, citado por Eusebio, dice que el Cefas de que aqui se habla era uno de los setenta y dos discípulos; pero que se llamaba Cefas como S. Pedro. En el siglo IV, enumerando Doroteo de Tiro los setenta y dos discípulos, nombra el tercero á Cefas, añadiendo que este fué á quien S. Pablo reprendió en Antioquia. S. Gerónimo y el Papa S. Gregorio, aunque de opinion contraria, convienen en que en su tiempo muchos opinaban que este Cefas no era S. Pedro. En los siglos siguientes, en el VII, el autor de la crónica de Alejandria pone tambien la lista de los setenta y dos discípulos, y pone el quincuagésimo primero á Cefas, el cual (añade) disputó con Pablo en Antioquia. Eucumenio, en los siglos X y XI, dice que la opinion que distingue á Cefas de San Pedro es verdaderamente probable. Otro autor, cuyas obras andan juntas con las de San Anselmo, asegura que tambien en su tiempo hacian muchos la misma distincion entre Cefas y San Pedro. Finalmente, un sabio benedictino, en sus nuevos comentarios sobre la Escritura, confiesa que en esta opinion, por mas que sea contraria á la suya, andaban divididos los antiguos en los primeros siglos, y que tanto en pró como en contra se citan escritores de gran reputacion y de la mas remota antigüedad.—2.º Si San Pedro y Cefas fueran una misma persona, no es creible que en una misma Epistola y en solo diez líneas de ella le hubiese llamado San Pablo una vez Pedro y otras Cefas, y no siempre Cefas, ó siempre Pedro. Si Cefas hubiese sido San Pedro, ¿es siquiera probable que San Pablo no le hubiese nombrado el primero, como hacen siempre los Evangelistas, y que le hubieran puesto entre Santiago y Juan? *Jacobus, Cephas, et Joannes*. El rēspeto que todos los fieles, sin exceptuar los Apóstoles, debian tener á San Pedro, era tan conocido hasta de los mismos paganos, que el filósofo Porfirio, aquel implacable enemigo del nombre cristiano, confundiendo con San Pedro al Cefas de que hablamos, tomó de ahí pretesto para acusar de estremadamente arrogante á San Pablo, por haber osado resistir así abiertamente á su superior. Por último, aun es menos probable que si se hablara de San Pedro se hubiera espresado San Pablo en unos términos que parece tienen un no sé qué de aspereza y de menosprecio: «Los que parecian ser alguna cosa, los que eran mirados como columnas, qui videbantur esse aliquid, qui videbantur columna. S. Pedro era en realidad y de hecho lo que parecia ser; era lo mayor que habia en la Iglesia; era no solamente una columna, sino la primera piedra fundamental puesta por Jesucristo. Cefas, el discípulo; era quien en Jerusalem podia pasar por ser algo, por ser columna, como antes habia sucedido en Corinto donde los fieles, llevados de un espíritu de cisma, decian: «Yo soy de Cefas; yo de Apolo; yo de Pablo.»—3.º El mismo San Pablo parece hacer evidentemente distincion entre Cefas y San Pedro: «Santiago, dice, Cefas y Juan, los tres hicieron como mancomunidad de principios, de doctrina y de conducta conmigo, despues que conocieron que á mí Pablo me habia destinado Dios para Apóstol de los gentiles como habia destinado á Pedro para Após-

do, confundiendo á Cefas con San Pedro, les preguntariamos á nuestra vez: «El creer que ellos se hayan engañado ó dejádose engañar en un punto de hecho ó de pura crítica, ¿es un mal tan grande como el creer y querer persuadir que San Pedro habia caído en una disimulacion escandalosa y que podia causar mucho mal á la Iglesia, y esto despues de la venida del Espíritu San-

to?.. ¿San Pedro, por cuya fé rogó Jesucristo? ¿San Pedro, que habia recibido el encargo de confirmar en ella á sus hermanos? ¿San Pedro, que tantas veces se habia declarado en favor de los gentiles que se convertian á la fé? ¿San Pedro, y esto inmediatamente antes del Concilio de Jerusalem en el que se esplicó con tanta claridad?... Semejante conducta ¿no llegaria quizá á rebajar algun tanto en cierto modo la autoridad de sus escritos canónicos? Si en esa ocasion se engañó ó usó de simulacion ¿quién nos aseguraria de que no haya sucedido lo mismo en los demas actos de su vida? Esta sola reflexion basta para que no podamos admitir que el Cefas reprendido por San Pablo haya sido el Apóstol San Pedro (a). Restablecida que fué completamente la tranquilidad entre los fieles de Antioquia,

(a) Aqui Henrion corrige y varia enteramente el testo de Bercastel, pues este daba por supuesto, así como tambien lo da Rohrbacher, que Cefas era San Pedro. Uno y otro, sin embargo, dan á este hecho la esplicacion de San Agustin; sin que por eso crean lastimar ninguno de los derechos del Supremo Pontificado; pues Bercastel, distinguiendo entre la accion de Cefas y el efecto que ella producía, cree que aquella no era en sí culpable, porque tenia por objeto las observancias legales que aun no estaban prohibidas; y así Bercastel como Rohrbacher disculpan y excusan á San Pedro, ya porque siendo judío tenia derecho á observar las ceremonias judaicas, como el mismo San Pablo lo hizo despues aconsejando á su discípulo Timoteo se circuncidase; ya porque siendo especialmente el Apóstol de los judíos dejábase llevar de su caridad para con sus compatriotas á fin de no exasperarlos; ya, en fin, por la humildad con que San Pedro recibió la amonestacion de San Pablo, dándonos con esto un admirable ejemplo.

Hemos creído deber hacer esta reseña, porque aunque Henrion prueba con Lallemand que el Cefas de que aqui se habla no es San Pedro; sin embargo, como hay autores que opinan lo contrario, nos ha parecido no estar demás hacer esta advertencia para que, sea cual fuere la opinion que se siga, estén prevenidos los lectores para rechazar todo ataque que contra las prerogativas de la Santa Sede pretendiera deducirse de este hecho particular, de este hecho; digámoslo así, personal en que San Pedro no daba decision alguna como jefe de la Iglesia, sino obraba como particular, por decirlo así.—Por lo demas, excusado es decir que la opinion seguida por nuestro autor con Lallemand, es tanto más plausible cuanto que sobre ser tan fundadas las razones en que se apoya, destruye por su base todo argumento que contra San Pedro pretendiera hacerse por el hecho de que aquí se trata.

(N. del E.)

los diputados del Concilio, Judas y Silas, propusieron volver á Jerusalem á reunirse con los Padres del Concilio que los habian enviado; pero estos dos ángeles de paz se habian grangeado la estimacion y afecto de todos durante el tiempo de su comision; y como eran Profetas, esto es, estaban revestidos del carácter episcopal, segun la interpretacion más plausible de estas expresiones de la Escritura, la eminencia de su dignidad solo sirvió para realzar más su modestia y sabiduria. Manifestaron los antioquenos tanto pesar de perderlos, cuando se trató de su partida, que ellos se separaron sin que sepamos el motivo. Judas fué el único que regresó á Jerusalem á dar cuenta de su diputacion, y Silas permaneció con los fieles de Siria; disponiéndolo así la Providencia, para que en adelante fuese este, sin saberlo, el compañero más fiel de San Pablo en sus trabajos.

Abrasaba á este Apóstol un celo tan ferviente, que el descanso le parecia más violento que las mayores fatigas; y así apenas estuvo algunos dias con sus discípulos para consolarlos, propuso á Bernabé, su socio ordinario, ir á visitar las iglesias que ambos habian edificado (1), para reconocer si la divina semilla habia fructificado, ó si se hallaba sofocada por algunos enemigos á quienes solo pueden vencer los principales Pastores. Al punto se preparó Bernabé á seguirle, y propuso llevar en su compañía á Juan Marcos, que se habia separado de ellos en Panfilia; pero San Pablo le replicó que, no habiendo podido ó querido sufrir al principio aquel mozo los trabajos evangélicos, no convenia esponer sus débiles fuerzas á otras nuevas fatigas. El afecto de la sangre inspiraba á Bernabé distintos pensamientos, y habiéndose resistido San Pablo, porque creia interesarse en

(1) Act. Apost. 15.

ello el honor de su ministerio, se separaron por esta causa los dos Apóstoles, queriendo Dios, no solo darnos ejemplos de moderacion en la diversidad de pareceres que puede haber aun en los hombres más santos, sino también ocultarnos con el velo de esta desavenencia los designios de su misericordia para con los diversos pueblos que los dos Apóstoles separándose habian de convertir en mayor número. Regresó Bernabé á la isla de Chipre con Juan Marcos; y San Pablo, acompañado de Silas, recorrió la Siria y la Cilicia, y llegó hasta Licaonia.

En Listra descubrió el Apóstol á un discípulo llamado Timoteo (1), hijo de una judía ya cristiana, y de un gentil que adoraba al verdadero Dios, si es que ya no habia abrazado el cristianismo. Todos los fieles de Listra y de Iconio, publicaban la virtud de aquel mozo, y por eso se le agregó á sí el Doctor de las naciones, y no tuvo dificultad en circuncidarle á causa de los judíos del país que le conocian y sabian era hijo de un gentil y de una judía, y que sin este requisito le hubieran mirado como enemigo de la ley. Atravesaron juntos sin detenerse la provincia de Asia, siguiendo el impulso del Espíritu Santo que llamaba al Apóstol á Macedonia.

Créese que en este viage comenzó San Lucas á seguir al Apóstol, que era pariente suyo, pues desde esta época se habla de él en la historia de los Hechos de los Apóstoles, que él mismo escribió. Era San Lucas un médico de Antioquia, hombre de talento y estudio, y versado en la lengua griega, que escribía con más pureza que los demás autores apostólicos (2). Desde el punto en que se reunió al Apóstol de las gentes le acompañó siempre con la mayor constancia, á pesar de las fatigas, de los peligros

(1) Act. Apost. 16.  
(2) Véanse S. Jeron. de Scriptor. Eccles.; Nicef. lib. 2, cap. 43; S. Gregor. Nazianz, orat. 1, in Julian.

y de los ejemplos de flaqueza que ofrecieron otros muchos discípulos. Sirvió de intérprete á San Pablo como San Marcos á San Pedro; y como San Marcos, compuso su Evangelio de lo que habia oido á su maestro; y lo hizo con tal exactitud que el Apóstol, instruido por el Señor ya glorificado, aprobó y adoptó esta obra, como se ve en varios pasajes de sus Epístolas donde le cita y recomienda. San Pablo se hizo á la vela para Macedonia en Troade, ciudad de la Asia menor, edificada cerca de las ruinas de la antigua Troya, y llamada también Alejandria y Antigonía. Como se le apareciese un macedonio en cierta vision nocturna, convidándole á pasar á su patria, se dió prisa por llegar á Filipos, colonia romana, en la provincia de Macedonia. No tenian allí Sinagoga los judíos, sino solo un lugar destinado á la oracion fuera de la ciudad, lo mismo que en otros sitios donde solo eran tolerados. Ya desde el primer dia de sábado (1) convirtió el Apóstol á una comerciante de púrpura llamada comunmente Lidia, natural de Tiatira, en Lidia. Esta muger adoraba ya al verdadero Dios y asistia al oratorio con las mugeres judías: dispúsose en corto tiempo para el bautismo, que recibió con toda su familia, y despues rogó al Apóstol se hospedase en su casa.

Otro dia de sábado, yendo todos al lugar de la oracion, notaron que los seguia una jóven poseida del demonio, la que con sus adivinanzas proporcionaba un considerable lucro á los amos á quienes servia (2). Miró con aire de sorpresa y admiracion á San Pablo y sus compañeros, y exclamó diciendo: «estos hombres son los ministros del Dios Supremo que nos enseñan el camino de la salvacion.» Repitió esto mismo

(1) Act. Apost. 16.  
(2) Ibid.

por muchos dias; pero el Apóstol, despreciando tanto los elogios como los ardidés del espíritu maligno, le dijo: «yo te mando, en nombre de Jesucristo á quien anuncio, que salgas al instante del cuerpo de esa infeliz;» y al punto la abandonó. Irritados los amos de aquella muger al ver que se les escapaba su ganancia, sublevaron al pueblo y á los magistrados, y en el primer movimiento de su furor fueron azotados con varas San Pablo y Silas, y metidos en la cárcel. Un violento terremoto á la media noche conmovió el edificio hasta sus cimientos, rompiéronse las cadenas, abriéronse todas las puertas, despertóse el carcelero, y juzgándolo todo perdido echó mano á la espada para matarse. Olvidando entonces el Apóstol su propio interés, exclamó: «¿Por qué intentas quitarte la vida? Todos estamos aquí sin faltar ninguno.» Sosegóse entonces el carcelero, hizo traer luz, y lleno de una admiracion muy diversa de la primera, á vista de sus bienhechores, se postró á los pies de San Pablo y Silas; los llevó despues á su habitacion pidiéndoles con tanta fé como agradecimiento le enseñasen lo que debia hacer para salvarse. Presúmese que ya creia en el verdadero Dios, como la mercadera Lidia, pues tardó muy poco en recibir el bautismo con todos sus parientes.

Entretanto la noche y el sueño habian calmado los ánimos sediciosos de los filipenses, y á la mañana siguiente se dió orden para poner en libertad á los dos presos; pero el Apóstol con una noble entereza exclamó: «¿casi se satisface á un ciudadano romano maltratado en estos términos sin orden ni formalidad legal? Tenia efectivamente los derechos de tal ciudadano, como todos los habitantes de Tarso sus compatriotas, en recompensa de la fidelidad que esta importante plaza habia guardado á los dos Césares, Julio y Augusto, en sus guer-